

Buscándome a Mí



por R.G. Mowat

La hora era tarde, más tarde de costumbre, cuando el niño Paquito llegó a su humilde casa al final de un callejón sucio y oscuro. Hizo el intento de entrar en la lóbrega barraca, quietamente con tal de no despertar a su padre que corrientemente se hallaba de muy mal humor debido a estar tomando. A pesar del cuidado, la puerta chilló cuando él la empujó. Durante un momento se quedó parado, casi sin respirar, por miedo de lo que podría suceder. Era la vocecita de su hermana que le llegó de un rincón oscuro: “Paquito, ¿eres tú?”

Paquito dio unos pasos hacia donde su hermana estaba recostada tapada por un montón de trapos: “¡Sh!”, le advirtió, tomando la delgada manita en la suya. “No despiertes a Papá”.

“¡Oh!” ella dijo calladita y Paquito notó algo nuevo en la voz de su hermana: “Oh, Paquito, algo muy raro pasó esta noche, y por eso no creo que tengas que tener miedo de Papá”.

“No es que tenga miedo”, el niño contestó valientemente. “A lo menos no le temo mucho. Cuéntame lo que pasó”.

Papá ha cambiado. No sé porque” la niña dijo. “Regresó a casa acompañado con un caballero bondadoso y después que ellos platicaron un buen rato, ese señor puso su mano sobre el hombro de Papá y le dio la mano. Y Paquito, este señor era un doctor y me examinó. Contó a Papá que yo me iba a sanar. Le dijo que la única cosa que necesito es buena comida, sol y aire fresco. Y Papá lo prometió. Mamá no pudo hablar. Me di cuenta que ella estaba llorando de felicidad y todo eso era porque había nacido un niño en algún lugar; no sé dónde”.

“¿No dijeron que era en Belén?”

“Ah, sí. Ese fue”.

“Bueno, pero que raro es eso” dijo Paquito. “Ahora sé que es la pura verdad. Escúchame; te voy a contar una cosa que a mí me pasó.”

Cuando andaba por la calle esta noche, yo pasé enfrente de un salón grande que tenía muchas luces. Un hombre que estaba parado en la puerta me saludó y me dijo: “Buenas noches, Hijito mío. ¿No quieres pasar adelante y tomar una taza de café con nosotros?” Entré pensando en ti y en Mamá y Papá. Ojalá hubieran estado conmigo. Había muchos niños bien alegres. Estaban celebrando la Nochebuena. Tomaron café y galletas y dulces. Después todos cantaron el canto favorito de Mamá:

*Jesús, mi Salvador a Belén llegó.
En humilde pesebre allí nació.
¡Maravillosa historia! Te la voy a contar
El niño del cielo me vino a buscar.*

Paquito no se dio cuenta que Papá y Mamá se encontraban sentados en la cama escuchándoles. Campañitas de alegría sonaban en sus corazones y también había regocijo en el cielo por un pecador que se había arrepentido. Porque era como Hermanita había dicho. El buen medico había conducido a Papá a Aquel que había nacido, al Niñito de Belén, que al fin murió sobre una cruz en lugar de los pecadores. Así la felicidad de aquella Nochebuena era el principio de muchos días felices que transformaron el cuarto lóbrego en un palacio de luz. La familia unió sus voces y cantaron vez tras vez:

*“Buscándome a mí, a mí
Buscándome a mí, a mí;
¡Qué maravilla! ¡Bendito es su Nombre!
Buscándome a mí, a mí me halló”.*

Por R.G. Mowat, en el Heraldo Evangélico

¡También, está buscándote a ti!

